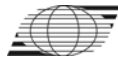


Francisco Cândido Xavier

LOS MENSAJEROS

Dictado por el Espíritu
ANDRÉ LUIZ

TRADUCCIÓN DE
MARTA HAYDEE GAZZANIGA



Consejo Espírita Internacional

ISBN 978-85-98161-75-4

B. N.

Título original:

OS MENSAGEIROS
(Brasil, 1944)

Traducción: MARTA HAYDEE GAZZANIGA

1ª edición – 200 ejemplares

002-O; 07/2009

Portada: LUCIANO CARNEIRO HOLANDA

Proyecto gráfico: LUCIANO CARNEIRO HOLANDA

Copyright 2009 by
FEDERAÇÃO ESPÍRITA BRASILEIRA
Brasília (DF) – Brasil

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados única y exclusivamente para el Consejo Espírita Internacional – CEI. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, Internet, CD-ROM, sin la previa y expresa autorización de la Editora, en los términos de la ley 9.610/98 que reglamenta los derechos de autor y conexos.

Edición del

CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL
SGAN 909 – Modulo G
70790-090 – Brasília (DF) – Brasil

Edición autorizada por la Federación Espírita Brasileña.

Pedidos de libros:

Departamento del Libro
Tel: 00 55 61 3272-1701 – Fax: 00 55 61 3321-8760
www.edicei.com edicei@edicei.com

CIP-BRASIL. CATALOGAÇÃO-NA-FONTE
SINDICATO NACIONAL DOS EDITORES DE LIVROS, RJ

L979L

Luiz, André (Espírito)

Los Mensajeros / dictado por el espíritu André Luiz ; [psicografiado por] Francisco Cândido Xavier ; traducción de Marta Haydee Gazzaniga. - Brasília, DF (Brasil) : Consejo Espirita Internacional, 2009.

320p. 21cm

Traducción de: Os Mensageiros

ISBN 978-85-98161-75-4

1. Espiritismo. 2. Obras psicografiadas. I. Xavier, Francisco Cândido, 1910-2002. II. Conselho Espírita Internacional. III. Título.

09-1582.

CDD: 133.93

CDU: 133.7

07.04.09 13.04.09

011976

ÍNDICE

Los Mensajeros.....	7
1 - Renovación.....	11
2 - Aniceto.....	17
3 - En el Centro de los Mensajeros.....	23
4 - El caso Vicente.....	29
5 - Atento a las instrucciones.....	35
6 - Advertencias profundas.....	43
7 - El fracaso de Octavio.....	49
8 - El desastre de Acelino.....	57
9 - Escuchamos pareceres.....	63
10 - La experiencia de Joel.....	69
11 - Belarmino, el adocrinador.....	75
12 - La palabra de Montero.....	81
13 - Alegatos de Vicente.....	87
14 - Preparativos.....	93
15 - El viaje.....	99
16 - En el Puesto de Socorro.....	105
17 - El romance de Alfredo.....	111
18 - Informaciones y enseñanzas.....	117
19 - El soplo.....	123
20 - Defensas contra el mal.....	129
21 - Espíritus dementes.....	135
22 - Los que duermen.....	141
23 - Pesadillas.....	147
24 - La oración de Ismalia.....	153

25 - Efectos de la oración.....	159
26 - Escuchamos a los servidores	165
27 - El calumniador	171
28 - Vida social	177
29 - Noticias interesantes	183
30 - Conversación afectuosa	189
31 - Cecilia interpreta el órgano.....	195
32 - Melodía sublime.....	201
33 - En camino a la Corteza.....	207
34 - Una oficina de "Nuestro Hogar"	213
35 - Culto doméstico	219
36 - Madre e hijos	225
37 - En el santuario doméstico	231
38 - En plena actividad	237
39 - Trabajo incesante.....	243
40 - Rumbo al campo	249
41 - Entre los árboles.....	255
42 - Evangelio en el ambiente rural	261
43 - Antes de la reunión	267
44 - Asistencia	273
45 - Mente enferma	279
46 - Aprendizaje permanente	285
47 - En el trabajo activo.....	291
48 - El pavor a la muerte	297
49 - Máquina divina.....	303
50 - La desencarnación de Fernando	309
51 - La despedida	315

LOS MENSAJEROS

Este libro contiene algunas de las experiencias de los mensajeros espirituales, y es probable que al leerlo muchos de los lectores –en concordancia con los tradicionales conceptos de la Filosofía– lleguen a la conclusión de que “todo está en el cerebro del hombre”, en virtud de la relativa materialidad de los paisajes, las reflexiones, los servicios y los acontecimientos narrados.

No obstante, es forzoso reconocer que el cerebro es el órgano de la razón y que, por la simple circunstancia de la muerte física, el hombre desencarnado no penetra en los dominios angelicales, sino que permanece ante su propia conciencia en la lucha por la iluminación de su capacidad reflexiva, dispuesto a proseguir su perfeccionamiento en un campo vibratorio diferente.

Nadie puede eludir las leyes de la evolución.

En el supuesto caso de que un chimpancé fuera trasladado a un palacio, y allí dispusiera de elementos para comunicarse por escrito con sus hermanos de similar fase

evolutiva, prácticamente no hallaría diferencias fundamentales para mencionar en relación con el discernimiento de sus semejantes. Transmitiría noticias de una vida animal perfeccionada, y tal vez la única zona inaccesible a sus posibilidades de apreciación sería, precisamente, la aureola de la razón que envuelve al espíritu humano. En cuanto a las formas de vida, el cambio no sería ni profundo ni significativo. El pelaje grosero encuentra sucesores en los casimires y las sedas modernas. La misma naturaleza que rodea al nido agreste dispensa estabilidad a la habitación del hombre. La caverna se habría transformado en la construcción de piedra. El prado verde está consustanciado con el jardín artificial. La continuidad de la especie presenta fenómenos casi idénticos. La ley de la herencia está vigente con leves modificaciones. La nutrición evidencia los mismos procesos. La unión de la familia consanguínea revela equivalentes rasgos vigorosos. Por consiguiente, el chimpancé solamente tendría dificultad para enunciar los problemas inherentes al trabajo, a la responsabilidad, a la memoria ennoblecida, al sentimiento purificado, al cultivo de las virtudes, en fin, a todo lo relacionado con la conquista de la razón.

En vista de esto, no se justifica la extrañeza de quienes leen los mensajes del tenor de los que André Luiz dirige a los devotos estudiosos de la edificación espiritual de sí mismos.

El hombre vulgar suele alimentar su aprecio por las expectativas ansiosas, en espera de acontecimientos espectaculares, pero se olvida de que la naturaleza no por eso se modifica a los efectos de dar satisfacción a los puntos de vista de la criatura humana.

La muerte física no constituye una interrupción de la vida provocada por el desequilibrio; es simplemente un paso en la evolución.

Del mismo modo que el mono encuentra en el ambiente humano una vida animal enaltecida, el hombre que después de

la muerte física mereció el ingreso en los círculos elevados de lo Invisible, encuentra en ellos una vida humana sublimada.

Por cierto, allí aguardan al individuo un sinnúmero de problemas relativos a la Espiritualidad Superior, desafíos para su aprendizaje a los fines de la ascensión excelsa hacia los dominios iluminados de la vida. El progreso no se detiene; el alma avanza sin cesar, atraída por la Luz de la Inmortalidad.

Mientras tanto, no nos induce a redactar este sencillo prefacio una conclusión filosófica, sino la necesidad de poner en evidencia la sagrada oportunidad de trabajo del lector amigo, en los días que transcurren.

Felices aquellos que mediante la nueva revelación busquen el lugar de servicio que les corresponde en la Tierra, de acuerdo con la Voluntad de Dios.

El Espiritismo cristiano no sólo ofrece al hombre un campo para la investigación y la consulta –dentro del cual raros son los estudiosos que consiguen avanzar dignamente–, sino mucho más que eso. Devela a su capacidad cognitiva una oficina para la renovación, donde la conciencia de cada aprendiz debe buscar su adecuada integración con la vida más elevada, a través del esfuerzo interior, de la disciplina y de su propio perfeccionamiento.

Al trabajador de buena voluntad no le falta la protección divina. Y quien analice el noble servicio desarrollado por alguien como Aniceto, reconocerá sin dudas que no es fácil prestar asistencia espiritual a los hombres. Trasladar la colaboración fraterna desde los ámbitos superiores hacia los Espíritus encarnados, no es una tarea que se realice en forma mecánica ni que pueda ser encuadrada según los principios del menor esfuerzo. Evidentemente, para asumir su parte, el hombre no podrá eludir los deberes que le corresponden. Es indispensable para él realizar la limpieza del recipiente de su corazón, de modo que reciba el “agua viva” y, además,

despojarse de los envoltorios inferiores para vestirse con los “trajes nupciales” de la luz eterna.

Entregamos pues al amigo lector estas nuevas páginas de André Luiz, con la satisfacción de dar cumplimiento a nuestro compromiso. Constituyen el informe parcial de una semana de trabajo espiritual de los mensajeros del Bien junto a los hombres y, especialmente, ponen en evidencia las características de Aniceto, un emisario consciente y al mismo tiempo un benefactor generoso, así como también destacan los requerimientos de orden moral en cuanto al servicio, para aquellos que se consagran a las actividades dignificantes de la fe.

Amigo: si estás en la búsqueda de la luz espiritual, si tu corazón se ha hastiado de la animalidad, recuerda que en lo relativo al Espiritualismo la investigación siempre habrá de conducir hacia el Infinito, tanto en lo que se refiere al campo infinitesimal como a la esfera de los astros distantes. Y para acceder a la Espiritualidad Superior, únicamente tu transformación personal habrá de franquearte el ingreso a las fuentes de la Vida Divina. Asimismo, por encima de todo, ten presente que los mensajes edificantes del Más Allá no están dirigidos con exclusividad a las expresiones nacidas de la emoción, sino en particular a tu condición de hijo de Dios, dada tu necesidad de hacer el inventario de tus propias realizaciones e integrarte, de hecho, con la responsabilidad de vivir de cara al Señor.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 26 de febrero de 1944.

1

RENOVACIÓN

Cuando me desligué de los lazos inferiores que me vinculaban a las actividades terrestres, mi espíritu tuvo en compensación un mayor discernimiento.

Sin embargo, la liberación no se produjo espontáneamente.

En mi interior era consciente de cuánto me había costado abandonar el ambiente doméstico, soportar la incompreensión de mi esposa y la discrepancia de mis amados hijos.

Tenía la certeza de que abnegados y poderosos amigos espirituales habían asistido a mi desvalida e imperfecta alma durante la gran transición.

Antes, la inquietud relacionada con mi compañera era una tortura incesante para mi corazón; pero al verla, ahora, profundamente identificada con su segundo esposo,

no vislumbraba otra alternativa que buscar algún centro de interés diferente.

Así, con gran sorpresa, observé mi transformación a medida que se desarrollaban los acontecimientos.

Experimentaba el júbilo de haberme descubierto a mí mismo. Hasta ese momento había vivido como el molusco aislado en su concha, que se arrastra en el lodo indiferente a los grandiosos espectáculos de la naturaleza. A partir de esta nueva experiencia tenía el convencimiento de que el dolor había participado en mi edificación mental, como si se tratara de una azada cuyos fuertes golpes no había sabido interpretar en lo inmediato. De hecho, esa azada había quebrado el caparazón de mis antiguos vicios del sentimiento y me había liberado. Mi organismo espiritual quedó expuesto al sol de la Bondad Infinita y desde entonces mi visión se hizo más nítida y tuvo mayor alcance.

Por primera vez clasifiqué a mis adversarios en la categoría de benefactores. Volví a frecuentar el hogar de mi familia terrestre, ya no como dueño del círculo doméstico, sino como un operario que ama el trabajo del taller que la vida le asignó. No volví para buscar en la esposa que había quedado en el mundo a la compañera que no había podido comprenderme, sino a una hermana a quien debería auxiliar tanto como me lo permitieran mis fuerzas. Me abstuve de enfrentar al segundo esposo como si se tratara de un intruso que alteraba mis propósitos, para ver en él tan sólo a un hermano necesitado de la contribución de mis experiencias. Nunca más consideré a mis hijos como propiedad personal, sino como compañeros muy amados a los que me competía extender los beneficios de mis nuevos conocimientos, además de ampararlos espiritualmente en la medida de mis posibilidades.

Inducido a demoler los baluartes de mi impropio exclusivismo sentí que otro tipo de amor se instalaba en mi alma.

Huérfano de los afectos terrestres, y conforme con los designios superiores que habían determinado un rumbo diferente para mi destino, comencé a percibir el llamado profundo y majestuoso de la Conciencia Universal.

Comprendí que hasta entonces había vivido muy alejado de las leyes sagradas que rigen la evolución de las almas.

La naturaleza me recibía con un éxtasis de amor. Sus consejos eran mucho más poderosos que los de mis intereses personales. Conquistaba en forma gradual el júbilo de escuchar sus enseñanzas misteriosas, en el vasto silencio de las cosas. Los elementos más simples adquirían para mí un extraordinario significado. La colonia espiritual donde había recibido generoso albergue revelaba características de indescriptible belleza que antes no había percibido. El rumor de las alas de un pájaro, el susurro del viento o la luz del sol, parecían hablarle a mi alma, y al escucharlos mi pensamiento se llenaba de una prodigiosa armonía.

La vida espiritual, inefable y bella, me abría sus refulgentes portales. Hasta entonces había vivido en “Nuestro Hogar”¹ a la manera de un huésped enfermo dentro de un espléndido palacio. A tal punto estuve preocupado conmigo mismo que perdí la capacidad de captar su esplendor y sus maravillas.

La conversación de índole espiritual me resultaba indispensable.

En una etapa que he superado, me complacía en torturar mi alma con las reminiscencias de la Tierra. Era afecto a las narraciones dramáticas de ciertos compañeros de lucha que me remitían a mi caso personal, y me regodeaba con la perspectiva de aferrarme nuevamente a los familiares del mundo, apelando a los vínculos

¹ Nuestro Hogar: Denominación de la colonia espiritual a la que fue conducido el autor, luego de su desencarnación. Véase Nuestro Hogar, Brasilia: CEI, 2008. (N. de la T.)

inferiores. No obstante, en la actualidad... había perdido por completo la pasión por los asuntos mezquinos. Incluso las descripciones de los enfermos alojados en las Cámaras de Rectificación me resultaban desprovistas de interés. Ya no deseaba obtener información relativa a la procedencia de los desdichados, ni indagaba acerca de sus aventuras en zonas de menor nivel de espiritualidad: iba en busca de mis hermanos necesitados; deseaba saber en qué podía serles útil.

Narcisa identificó esa profunda transformación que se había operado en mí y me dijo cierto día:

–Amigo André, usted ha estado realizando su renovación mental. En períodos como éste por lo general asaltan nuestro corazón enormes inconvenientes espirituales. Tenga presente la meditación acerca del Evangelio de Jesús. Comprendo que usted experimenta una inefable alegría al contacto con el orden universal, luego de haber dejado atrás sus creaciones caprichosas. Pero, ante los novedosos caminos que se abren para nutrir su esperanza, identifico que en los bordes de las antiguas rutas de inferioridad que va superando, las rosas del júbilo se mezclan con las espinas del hastío. Su corazón es como una copa iluminada por los destellos de un divino amanecer, que ha quedado vacía de los sentimientos mundanales que la colmaron durante siglos consecutivos.

Yo mismo no habría podido enunciar una definición más exacta de mi estado espiritual.

Narcisa tenía razón. La alegría que inundaba mi espíritu era extraordinaria, y al mismo tiempo me embargaba una inconmensurable sensación de tedio, en lo relativo a las situaciones de naturaleza inferior. Me sentía liberado de pesados grilletes: ya no me pertenecía el hogar, ni la esposa, ni los hijos amados. Regresaba frecuentemente al ámbito doméstico y allí realizaba tareas destinadas al bien

de todos, pero sin estímulo alguno. Mi devota amiga estaba en lo cierto. Mi corazón era efectivamente un cáliz luminoso, pero vacío. La definición me había conmovido.

Al observar mis silenciosas lágrimas, Narcisca agregó:

–Llene su copa hasta el borde con el agua eterna de Aquél que es el Donante Divino. Por otra parte, André, todos somos portadores de la simiente del Cristo en la tierra del corazón. En fases tales como la que usted atraviesa es más fácil desenvolvemos exitosamente si sabemos aprovechar las oportunidades. Mientras el espíritu del hombre se restringe a cálculos y especulaciones, el Evangelio de Jesús se le presenta como un conjunto de enseñanzas sin mayor trascendencia. Pero cuando despiertan en él los sentimientos superiores, siempre que se esfuerza en su propio progreso dispuesto a ser una herramienta útil al Padre, constata que las lecciones del Maestro tienen vida propia y le revelan enfoques que su inteligencia no conocía. Cuando crecemos en la dirección del Señor crece igualmente nuestro aprecio por sus enseñanzas. ¡Hagamos el bien, querido! Llene su cáliz con el bálsamo del amor divino. Usted presiente los rayos de una alborada, ¡avance entonces confiado hacia ese nuevo día!...

Por último, conocedora de mi temperamento de hombre amante del servicio activo, añadió generosamente:

–Usted ha trabajado lo suficiente aquí en las Cámaras, donde también yo me preparo con la expectativa de que en un futuro cercano retornaré al envoltorio de carne. Le conviene aprovechar los nuevos cursos de servicio que se han instalado en el Ministerio de la Comunicación. Muchos de nuestros compañeros se capacitan para prestar colaboración en la Tierra, sea en los campos visibles como en los invisibles para el hombre, acompañados en todos los casos por nobles instructores. Es cierto que yo no podré acompañarlo, pero usted tiene la oportunidad de conocer